

*Ser y
contar*

FEDERICO y EL DRAGÓN

DIRECTORA Y PRODUCTORA DE LA COLECCIÓN
Celeste Soledad Gonzalía

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Celeste Soledad Gonzalía

TEXTOS
Patricia Suárez

ILUSTRACIONES
Gustavo Merlo

COLECCIÓN 2020

MUTUAL DOCENTE
AMCDA



FEDERICO Y EL DRAGÓN

Por Patricia Suárez

Hace un montón de tiempo que estoy metido en mi casa. Me llamo Federico y tengo 7 años. Este 2020 iba a empezar segundo grado y resulta que se enfermó el mundo. Empezó en la China, que es un país que está justo en el lado opuesto al nuestro en el globo terráqueo. Mi papá dice que si en la Argentina damos una patada bien fuerte, seguro que retumba en la China.

Cada vez que lo dice, mi mamá se ríe mucho así que creo que más bien es un chiste y que no es del todo cierto. La enfermedad tiene un nombre y un apodo, como a mi tío Francisco que le dicen Panchito. Es un virus y se llama coronavirus, porque lleva una coronita en la cabeza y le dicen Covid19.

Lo de la coronita me hace pensar en un rey de cuento, pero muy malo, muy mandón y muy bestia también, por eso quiere rodearse de viejitos, porque los viejitos son los más sabios y los que dan mejores consejos y él los quiere a todos para él. Los viejitos son los primeros en enfermarse y para ellos es muy peligroso este virus, más que para los demás.

Por eso hay que cuidarse mucho y la mejor manera de luchar contra ese rey mandón con coronita, es lavarse las manos y no darse besos ni caricias con las personas que están en la calle. (Aunque yo en la calle no me doy de besos con nadie, a excepción de Pamela, la panadera, que siempre me da un beso y después me regala una factura). Y cuando más se quede la gente en la casa, el rey con coronita no puede entrar con su ejército y atacar a las personas, ni a los chicos ni a los abuelos. Parece que si uno le hace ver al rey con coronita que no hay nadie por la calle, el rey con coronita se aburre y se marcha.



Lo que más pena me da es que no pude ir a la escuela en todo este tiempo y me puse triste. Mi mamá y mi papá quisieron ayudarme pero también ellos están tristes. Los tres hablamos todo el tiempo por teléfono y mi mamá me arregló uno medio gastado que tenía para que use yo y no esté a cada rato pidiéndoles el de ellos.

Lo que menos pena me da es que me paso el día en pijama y con las pantuflas de patos. Me encantan mis pantuflas de patos y hasta le puse un nombre a cada pato. Mi abuela Nydia la llamó a mi mamá y la retó, porque está muy mal, le explicó, que nos pasemos todo el día en pijama.

Pero mi mamá le puso cara de “me entran por un oído y me salen por el otro” tus retos. Mi papá, para que haya paz con la abuela Nydia, dijo, compró por Internet tres juegos de pijamas de todos los colores -bah, todos no: tres colores porque eran tres pijamas -. También me encargó otras pantuflas, que no se sabe bien por la foto si son conejos o guanaquitos, y que vendrán por correo tan pronto como puedan traerlas los carteros.

Hace dos días hablé por celular con la seño Camila. Entre un montón de cosas que me ordenó estudiar del manual del año pasado -y que cuando se las repetí a mi mamá se agarraba la cabeza -, me aclaró que yo tenía que pensar que este año en la escuela había un dragón. Era un dragón enorme, y muy peligroso, que ocupaba toda el aula.

A veces estaba como dormitando, y en cada ronquido largaba un humo negro, que olía más feo que el cigarrillo. Era un dragón que estaba al servicio del rey con coronita que enfermó al mundo, el rey petiso, retacón y mandón, que puso un dragón en cada aula para que los chicos no vayan.



-¿No puede ir nadie a la escuela? -le pregunté.

La seño respondió:

-Nadie.

-¿Ni siquiera los unicornios?

Ella se quedó pensativa, hasta que le hice acordar que Amaya llevaba por lo menos tres unicornios metidos en la mochila y no quería ni dejarnos que los miremos, porque dice que con los ojos se los gastamos. Lo cual es una mentira gigante porque con mirar, las cosas no se gastan.

-Tampoco los unicornios pueden venir a la escuela.

-Oh -suspiré. Por lo visto estos dragones son muy poderosos.

-Pero cada vez que nos lavamos las manos o que nos ponemos alcohol en gel, hacemos que el dragón se venga más chiquitito. Cada vez que usamos tapabocas para salir a la calle, al dragón le da un retortijón en la panza que le indica que extraña su mundo de dragones y que se tiene que regresar a su mundo, allá adonde vuelan por el aire y largan enormes llamaradas sin dañar a nadie.

Después la seño Cami tuvo que cortar y casi me pongo a llorar porque hubiera querido que siguiéramos hablando hasta la noche, ya que no nos vemos desde hace mucho tiempo. No lloré nada porque ya estoy grandecito para llorar como un bebé, y además porque justo sonaba el timbre y venía el delivery a traer una pizza.

Mi mamá gritó:

-¡Federico, a lavarse las manos!

Pero esta vez no se trataba de lavarse las manos para luchar contra el rey con coronita y sus dragones, sino porque teníamos que sentarnos a la mesa a cenar.

-¡¡¡A comer!!!

